

OJOS DE LUNA LLENA**Carleth Morales Senges*

Cuando paseo con mi mamá por mi barrio, en Usera, las vecinas dicen que soy una niña muy guapa, que tengo la nariz de papá, la boca de mamá y el pelo de mi hermana, pero que los ojos... ¡Ay, los ojos! dicen que no se parecen a los de ninguno en mi familia, que son muy grandes, como de luna llena. ¿Será por eso que veo cosas que nadie ve?

Un día, asomada a mi ventana, vi a una señora que cruzaba la calle con un bebé en brazos. Me extrañó que llevase un par de alas blancas en la espalda y le pregunté a mi mamá que por qué lo hacía. Ella miró, miró y volvió a mirar, pero no vio nada. Entonces me explicó que las madres son ángeles que cargan a sus bebés, y que quizá por eso yo era capaz de ver sus alas. Eso sí, me advirtió que no se lo dijese a nadie, porque sólo las personas especiales podían verlo.

Mi mejor amiga, Carolina, que también tiene 7 años, me dice que mis ojos son tan grandes que caben en ellos todas las nubes cuando miro al cielo, y que si no pestañeo, hasta puede ver osos y otras formas si sopla fuerte el viento. Mi maestra me dice lo mismo. Ella, que está embarazada, pronto tendrá un bebé. La semana pasada, cuando se despidió de nosotros, vi que salía de su pecho una luz muy brillante. Yo le dije entonces que su pecho también parecía una luna llena, como las de la playa en verano.

Mi mamá me ha contado que a las mujeres, antes de tener a sus bebés, se les llenan los pechos de leche para poder alimentarles cuando nacen, y que por eso yo soy capaz de ver que sus pechos brillan. "¿Y a ti te brillaban los pechos cuando yo nací?" -le pregunté. "No" -me respondió. Así supe que yo había llegado antes de lo esperado, que estuve muchas semanas en el hospital y que los médicos esperaron a que estuviese muy fuerte para mandarme a casa, que por eso a mi mamá no le había dado tiempo de que sus pechos se llenaran de luz. Me contó que me alimentaban con leche de otras mamás, de esas a las que les brilla el pecho, como a mi maestra, y tienen alas en su espalda, que son capaces de ver lo invisible y oler lo imperceptible, escuchar por las noches el llanto de un niño a kilómetros y dormir a cualquier bebé en sus brazos.

Esa noche, antes de dormir, me puse a pensar en lo que me había contado mi mamá y ¡zas! encontré la respuesta: mis ojos son los de esas mamás que me alimentaron cuando nací. Con razón no se parecen a los de ninguno en mi familia. ¡Claro, y por eso veo cosas que nadie ve!

Al día siguiente, en el recreo, se lo conté a mi amiga Carolina y ella tuvo una gran idea. Me dijo que tenía que buscarlas, tenía que encontrar a esas mamás para darles las gracias por darme de comer cuando nací y hacer que mis ojos fuesen de luna llena. Desde entonces las estoy buscando, pero todavía no las he encontrado.

Como ya he aprendido a escribir, he hecho un cartel, que he colgado en mi ventana, y dice: "Busco a mamás con alas en su espalda, pechos brillantes y ojos de luna llena, para darles las gracias por haberme alimentado al nacer". Pero aún no ha aparecido ninguna. Cuando salgo de casa me le quedo mirando a cada mamá que encuentro en el camino, a ver si reconozco a alguna, pero nada. Cuando voy en el Metro, al parque, al supermercado, a la biblioteca... Quizá todas las mamás que veo me han dado de comer, o ninguna.

Por eso he escrito esta historia, para buscar a esas mamás y darles las gracias. Si alguien las conoce, quiero que sepan que sin ellas yo no habría crecido tanto, no sería tan inteligente, no habría aprendido a nadar y no sabría cantar. Porque canto muy bonito. Quiero que sepan que las estoy buscando, y que si ven a una niña de 7 años, morena, de pelo largo negro y ojos de luna llena, soy yo. Que no se asusten si me les quedo mirando, es que intento reconocerlas. Si las encuentro, podré darles las gracias personalmente, si no, quiero que sepan que les estoy muy agradecida. Mamás que donaron su leche al Hospital 12 de Octubre en 2007: ¡Muchas gracias!

**** En homenaje a las mamás que inauguraron el Banco de Leche del Hospital 12 de Octubre en 2007 y a esa generación de bebés receptores que hoy, en 2014, ya tienen 7 años.***

LA NODRIZA DE LA LUNA

Patricia Romero Pérez

El dónde y el cuándo no importan. Pudo haber sido en un lugar remoto y puede que sucediera en un tiempo pretérito. La única verdad es que el llanto de un bebé que acaba de nacer en mitad de la nada, en medio de la noche, se escucha más alto que las ramas más tiernas de los árboles, más allá del impreciso horizonte donde polvo y nubes se mezclan y mucho más profundo que el corazón incandescente de la tierra que late con fuerza: Tam-tam, tam-tam. Un pulso tan intenso que provoca que las aves abandonen su nido en trance y que las criaturas de la tierra corran aturdidas.

Al llanto enérgico de la criatura y al suspiro aliviado de la madre que acaba de alumbrarlo, le siguen solapados los jadeos de otra mujer joven que puja por parir también a su hijo. Y al final otro llanto, tenue y frágil, ahogado por el sonido de la noche.

Tam-Tam, Tam-Tam, late la tierra acelerada como si parte del esfuerzo fuera suyo.

Dos criaturas han nacido en aquella misma y precisa hora pero una de ellas se ha adelantado una luna y está demasiado débil incluso para intentar mamar de su madre. La joven está exhausta. Ambas mujeres se miran; el bebé prematuro apenas emite leves quejidos de reclamo difícilmente perceptibles y es incapaz de atraer la leche a los senos de su madre.

¡Ayúdame! -suplica entonces sin voz la joven madre. Sus ojos ruegan a la otra madre de cuyos pechos su propio bebé no para de beber. No quiere ver morir a su recién nacido. No quiere que los dioses se lo lleven tan pronto. Su mirada es un grito de súplica que desgarrar de dolor hasta a la luna que las ilumina. También el Tam-tam de la tierra se ha parado de pronto, como si el sufrimiento de la joven mujer lo hubiera desacompañado, paralizándolo del todo.

Mientras el primer recién nacido chupa con fruición, de los pechos de su madre brotan manantiales que se le deslizan por el cuerpo hasta llegar a una tierra ávida y sedienta que traga, conocedora del poder de aquel líquido blanco.

La mujer se ha decidido a tomar en sus brazos al otro niño. Apenas se puede escuchar ya el diminuto corazón dormido.

El pulso del Tam-Tam se ha reanudado adentro en la tierra, saciada de leche y aún manchada por la sangre y fluidos de los alumbramientos. Ebria y gozosa de su propio parto. La luna blanca, redonda e inmensa sigue iluminando el cielo.

El bebé no responde a la proximidad del pezón de la nodriza, así que ésta se masajea el seno con fuerza hasta que la leche empieza a brotar sola empapando la carita entera del niño. Algunas gotas resbalan dentro de la boquita semiabierta del bebé pero apenas se aprecia un amago de respuesta.

- ¡Ayúdame! -pide muda, elevando la mirada hacia el cielo iluminado por la luna. Una plegaria tan intensa como la de la madre de la criatura. De nuevo se paraliza la tierra y el cielo entero se conmueve.

...

Insistió la nodriza, insistió e insistió estrujando, soltando, apretando, pellizcando su propia carne y llenando de leche el rostro del niño hasta que el cansancio y el dolor la vencieron y se quedó dormida, con su propia hija recién nacida asida a un pecho sujeta por un pañuelo y la carita del bebé de la otra mujer pegada al otro pecho.

Debieron pasar horas, la tierra dormía repleta de leche y nacimiento, mientras la luna aún vigilaba ya más clara a la luz del amanecer. Su hijita también dormía plácida, notaba el suave vaivén de un abdomen diminuto y tibio pegado a su torso, desnudo bajo el tejido azul índigo que las protegía a ambas del frescor húmedo del amanecer. Sin embargo, algo parecido a un cosquilleo la había despertado de pronto, asustada de que alguna araña picara a su hija recién nacida. Pero no se trataba de araña alguna, el otro bebé estaba mamando de su pecho con un deleite sosegado, un pecho que parecía no tener intención de agotarse nunca. El bebé vivía. Se le habían coloreado las mejillas y tenía la piel de los labios blanquecina de haber estado pegado a la areola oscura, alimentándose durante toda la noche. El niño abrió momentáneamente los ojos y la mujer se estremeció. Los iris del recién nacido no eran negros como cabía esperar en un bebé de su raza.

Eran desmesuradamente grandes y de un azul imposible de describir, casi del color del pañuelo que también lo abrigaba a él.

- El niño había mirado al cielo antes de nacer,-se dijo. Su pensamiento fue quedo, tímido, temiendo que pudiera parecer ofensivo a la Divinidad. Se estremeció entera bajo el efecto de su propia reflexión. Pero era cierto, en los hermosos ojos del niño se había dibujado el camino hacia los dioses, el cielo al que debía haber ascendido horas atrás, antes incluso de llegar a ser abrazado por el latido de la tierra. Tam-Tam. Pero ella lo había estado alimentando toda la noche. Su pecho estaba en carne viva y se sentía feliz. Estaba orgullosa. Y agradecida de que su esfuerzo hubiera conmovido a los dioses y le hubieran permitido salvar la vida de aquel niño que ahora llevaría siempre en los ojos la bendición de ser portador del mapa del cielo.

...

Tam-Tam, la tierra despierta.

Tam-tam, la joven madre despierta sobresaltada y agitada, como se despierta después de una pesadilla. Entonces recuerda y con la cara anegada en lágrimas gira sobre sí misma buscando el cuerpo de su bebé al que imagina muerto. Lloro y más lágrimas le resbalan por el cuello hasta sus pechos desnudos, haciendo cosquillas a unos pezones que, ajenos al drama de la madre, se excitan y perlan con las primeras gotas de leche.

Tam-tam, la bebé-niña despierta y llora con hambre.

Tam-tam, el llanto de un bebé-varón suena con coraje.

La nodriza de la luna sonrío y busca emocionada y humilde la mirada de la joven madre que apenas da crédito. Se restriega la cara y se acerca, cegada por las lágrimas y presa del pánico, al segundo llanto para descubrir vivo a su hijo. Y mientras lo recoge del abrazo de la madre nodriza, ésta le dice solemne:

- Tú hijo ha venido a esta tierra y a tus brazos con un mensaje de los dioses en los ojos. Ser su portador es lo que casi le cuesta la tierna vida. Pero tiene

valentía y fuerza. Ha salido adelante él solo, únicamente asistido por la luz luna y el manantial de mi seno. Eres afortunada.

La mamá abraza a su hijito y al mirarle a los ojos entiende las palabras de la nodriza. Y se calla. Poco hay que pronunciar que pueda igualar el sentimiento de inmensa gratitud que le invade el corazón.

El bebé ha aprendido a mamar de la nodriza y busca ahora ávido el pecho de su propia madre. Y mama con deleite. La joven madre ríe con fuerza y su risa llena el aire y contagia a la mujer nodriza. Incluso los bebés sonrían. Y su risa se mezcla con el tam-tam de la Tierra. Y el día llega a su plenitud y la vida sigue. Y las madres se lavan, arreglan a sus bebés entre sus pechos para que sigan mamando el resto del trayecto y se alejan de la pasada noche y del lugar donde sus hijos llegaron al mundo, asistidos por la luna y el Tam-Tam de la tierra.

- ¿Hacia dónde se dirigen? -Eso no tiene importancia.

BANCO DE RECUERDOS*Eduardo Rodríguez Huete*

*Dedicado a la primera luz del día, la que
nos iluminó sólo por un instante,
y sin embargo su brillo permanecerá
siempre en nuestro recuerdo.*

Suena el despertador y la tenue luz hace que Gabi entreabra los ojos. Sabe lo que va a ocurrir, percibe los sonidos antes de que se produzcan, huele el contenido antes de que caiga la primera gota, siente el sutil alborotamiento de las hormonas de Ana.

Ella lleva a cabo su ejercicio de rutina del último mes, coge el bote y lo acopla a la base de la boquilla, que a su vez está unida mediante un tubo al motor de extracción. Primero estimula para, poco a poco, ir incrementando la potencia de succión.

Gabi la toca en señal de acompañamiento, aunque apenas se mueve, intenta mantenerse en la fase REM de su sueño, pero ese sonido agudo le percute en su cabeza, no consigue sacárselo. Ana sigue tenaz y constante en su tarea. Cuando parece que el sonido del extractor ha terminado, él consigue relajarse por un instante; pero vuelve, había olvidado momentáneamente que la operativa es por partida doble. Ya ni siquiera se esfuerza por conservar su estado de vigilia, solo sigue el goteo constante sobre el ruido del extractor.

Ana llena el bote por completo y lo desconecta, coloca la pegatina que Gabi rellenó antes de irse a la cama, lo lleva al congelador, vuelve a la cama, apaga la luz y le da un beso en señal de agradecimiento por su inmóvil compañía. Él sabe que no recuperará su fase REM como ha ocurrido en las noches anteriores, pero cierra los ojos, el zumbido está en su cabeza, aunque ha aprendido a descansar con ese sonido grabado en su mente.

Gabi se prepara sin pensar mucho en el destino, se abriga pues el día no invita a mucha ligereza de ropa, se enrolla la bufanda y se dirige a la cocina, coge la bolsa térmica y abre el congelador, está completamente lleno de botes, ya ni si quiera

queda sitio para sus pizzas hawaianas que tan recurrentes son en los domingos de fútbol, ni tampoco para sus grandes cubitos de hielo que tan buena presencia le otorgan a los combinados que elabora. Introduce botes en la bolsa hasta llenarla sin que esto haga que consiga habilitar algo de espacio para alguno de sus caprichos. Ana le despide con un beso lleno de matices, como queriendo acompañarle en la solitaria tarea a la que se encamina.

Carga la pesada bolsa hasta el coche y la introduce en la parte delantera, bien apoyada por miedo a que algún bache haga que los botes se fragmenten. Arranca y se dirige instintivamente hacia el hospital, puede hacerlo casi sin pensar, pues el trayecto ya forma parte de su hoja de ruta. Aparca el coche en el parking, sabe que la fracción céntimos-minutos es elevada, pero no desea estacionar el coche en un lugar alejado que alargue más el tiempo que tarda en realizar su cometido.

Se dirige hacia el edificio de maternidad. Empieza a aflojar su bufanda, aún nota en sus labios el beso de Ana, como si ella de verdad le acompañase. A medida que se acerca a la puerta se va encontrando cada vez más desnudo, como si aquellas paredes que va a cruzar le conociesen íntimamente, y se siente desprotegido, como un caballero sin su armadura ni su yelmo.

Entra por la puerta automática y esa sensación se completa, hay fantasmas más poderosos que el miedo, ni siquiera el beso de Ana hace que sienta algo de confianza en sí mismo. Camina con la mirada fija, aunque alerta, pues sabe que el recuerdo podría aparecer en cualquier rincón.

Al fin, llega a la UCI infantil cargando con la pesada bolsa, la deja momentáneamente en el suelo para lavarse las manos, pues es condición indispensable para entrar. Avanza por el pasillo dejando a su derecha cada uno de los box: intermedios, intensivos; intenta no dirigir la mirada hacia su interior. Sigue sintiéndose frágil, pero algo le llama la atención, es un llanto, no de bebé, sino de una madre a los pies de una incubadora. Solo la mira unos segundos, pero esas lágrimas se quedan grabadas en su cabeza con tanta intensidad como el sonido de extracción que altera su sueño.

Entra por la puerta del banco de leche y deposita el contenido de la bolsa térmica para, posteriormente, completar el formulario de admisión. Oye como la responsable del área le agradece aquella primera entrega, aunque Gabi apenas la escucha, sigue sin sacarse de la cabeza aquel llanto y, sobre todo, sigue muy alerta, pues se encuentra en territorio propicio para que aparezca el mayor de sus temores. Se despide cordialmente y sale del despacho con su bolsa, ahora va más ligera, pues solo contiene nuevos botes vacíos. Se apresura a escapar con rapidez del edificio, un frío nuevo le recorre el cuerpo, sigue sintiéndose desnudo.

Se dirige al parking, mira el reloj, sabe con exactitud el importe que le va a indicar la máquina cuando introduzca su ticket y prepara las monedas exactas para que la salida sea lo más rápida posible. Se monta en el coche y sale del recinto a toda velocidad, como si el mismísimo diablo le persiguiese.

Suena el despertador, Gabi ya no intenta mantenerse conectado a su sueño, el sonido de la extracción aparece mucho antes que Ana acople la boquilla al bote, él le dispensa una inmóvil caricia como cada noche y permanece, gota a gota, a su lado.

Gabi prepara la bolsa térmica con la última hornada de botes que se encuentran en el congelador, al fin ve la posibilidad de volver a rellenarlo con sus cosas. El trayecto ya no es instintivo, tal vez porque este va a ser el último. Gabi va recordando todas las veces que ha recorrido esas calles, esos túneles, esas rotondas; siente entonces, cada vez más intensamente, la presencia que había tratado de evitar durante su primera visita.

Aparca, en el mismo sitio de siempre. Intuye la sensación de frío y desnudez que sentirá al entrar en el edificio, pero no le importa, asume que es la penitencia que tendrá que pagar como último peaje a su peregrinación. Al llegar a la UCI infantil, realiza el mismo ritual que tantas veces ha hecho, deja la bolsa, se remanga y se lava las manos.

Se dirige hacia el despacho del banco de leche intentando obviar todo lo que va ocurriendo a su alrededor. Realiza el trámite de entrega muy rápidamente. Se siente liberado. Afronta el pasillo de salida de la UCI menos pesado, pero aún con miedo porque en cualquier rincón le pueden asaltar los recuerdos. Entonces, algo

llama su atención. Es el sonido de la risa y las carantoñas que la misma madre que hace una semana lloraba junto a la incubadora le hace a su bebé.

Gabi se para y la mira. Dentro del box, ella intenta alimentar a su hijo con una jeringuilla cargada de leche.

Suena el despertador, es la alarma de Ana, la imagen y la risa de aquella madre hacen que Gabi y su fase REM sean uno solo por primera vez.

AQUEL MARAVILLOSO LÍQUIDO

Julia Clara de la Torre

Tenía entendido que se nacía a los nueve meses por lo que escuchaba a los médicos y a mi mamá desde su tripita.

Hacía poco que había escuchado a un médico decir que me quedaba algo menos de tres meses para nacer. Yo aún no sabía bien que significaba eso de nacer, pero me dejó de dar miedo cuando escuché a mi mamá que tenía unas ganas tremendas de verme la carita y abrazarme. Y aunque tampoco entendía demasiado como podría ocurrir eso, me di cuenta de que si ella me veía a mí yo también podría verla a ella. A aquella persona que cada día escuchaba, a aquella persona que sentía el calor de su mano desde aquel lugar donde me encontraba, pronto podría ponerle cara.

Mis días pasaban tranquilo, flotando, jugando con el cordón umbilical, durmiendo y escuchando el latido del corazón de mi mamá.

El caso es que casi los tres meses que me quedaban para nacer, y aun sin entender demasiado bien la percepción del tiempo, transcurrieron demasiado rápido tan rápido que juraría que era imposible que hubiesen pasado.

Pero de repente empecé a escuchar a mi mamá muy nerviosa, gritaba y decía que el bebé se adelantaba. Yo inmediatamente pensé que el bebé debería de ser yo.

— ¿Qué me adelantaba? — ¿Qué quería decir con eso?

Entonces escuché a mi papá era mi otra voz preferida, me encantaba que se acercase cerca de donde yo estaba y me dijese cosas como. —Hola, hola soy papá— y un sinnúmero de tonterías que me hacía sentir genial.

Pero esta vez mi papá no se acercó a decirme nada, sino que le dijo a mi mamá que estuviera tranquila y que se preparase que nos íbamos al hospital.

Escuchaba el ruido de la carretera, mi mamá iba sentada y mi papá al lado.

Lo siguiente que escuche fue un grito de mi mamá diciendo algo así como que había roto aguas. Y aunque la frase no la entendí muy bien, las consecuencias las note de inmediato, ya que de repente deje de flotar en aquel líquido calentito y empecé a sentir que debía de empujar.

Notaba como mi mamá se tocaba la tripa y gemía de dolor, yo no quería que lo pasase mal, pero por sus palabras estaba bastante preocupada.

Noté que habíamos llegado al hospital y todo fue tan rápido que casi no recuerdo que es lo que paso, escuchaba algo así como —empuja, empuja— y yo les hacía caso y empujaba, mi mamá también lo hacía. Al final me sacaron. Sentí ganas de llorar por todo el esfuerzo, veía borroso, pude escuchar a mi mamá y papá, pero no había tiempo dijeron los médicos. Era demasiado pequeño y podía complicarse más si no me atendían rápidamente.

Pasó un largo rato de bastante incertidumbre para mí, era la primera vez que no escuchaba ni sentía a mi mamá en tanto tiempo.

Me encontraba en una especie de caja transparente muy calentita y cómoda pero no tanto como cuando estaba en la tripita de mi mamá.

A pesar de estar a gusto en aquel lugar, me sentía muy triste por no sentir a mi mamá como la sentía. ¿Dónde podría estar? Mis dudas se vieron resueltas cuando escuche a uno de los médicos hablar con otro y decir que mi mamá estaba en la sala de reanimación de madres y que no se encontraba muy bien.

Me preocupe aún más. Y entonces cuando no hacía otra cosa que pensar en mi mamá olí lo más maravilloso que jamás había olido, era dulce, cálido una armonía perfecta de olores. Me cogieron suavemente y me acercaron aquel líquido blanco a la boca con algo que escuche llamar jeringuilla. Cayeron unas gotitas en mis labios saqué mi lengua y saboree, que delicia pensé.

Entre comentarios me entere que aquel líquido delicioso se llamaba leche, pero que no era una leche normal, lo llamaban, leche donada. No entendía muy bien el significado pero pronto otro comentario me dio una nueva pista. La leche venía de otras madres que la habían llevado al hospital para bebés como yo.

¿Pero y por qué no me daba esa leche mi mamá?

A pesar de que entendí que la leche venía de otras mamás no comprendí de donde les salía ese líquido tan delicioso. Y aun que estaba muy preocupado sin tener noticias de mi mamá, era feliz saboreando poco a poco esa leche que hacían llamar leche materna donada.

Al rato mientras me estaba quedando dormido, escuche de nuevo a mi mamá y muy cerca de ella a mi papá y los médicos.

Se pusieron en frente de mí, y note como me cogían y me entregaban a mi mamá que estaba sentada en una silla de ruedas. Entonces note de nuevo el mismo olor tan maravilloso que había saboreado. Dulce, cálido, exquisito.

Mi mamá me cogió y me metió dentro de su camisón. Note su piel calentita y el latido de su corazón, aquel lugar me recordaba tanto a mi anterior estancia, incluso diría que aún mejor porque la sentía más cerca. No tardé demasiado en darme cuenta de dónde procedía aquel delicioso olor. Y ya sabiendo que la leche salía de las madres, seguí mi instinto y di unos cuantos cabezazos hasta que encontré algo muy blandito que enganche con mi boca. Hice muchísimos esfuerzos pero apenas pude sacar dos gotitas, eso sí las dos gotitas más deliciosas que había probado.

Luego escuche decir a los médicos que no tenía aun fuerza para succionar y que aunque me mantenía estable era demasiado pequeño y me iba a costar.

Mi mamá no se rindió por ello y varias veces al día me cogía me metía en su camisón y yo buscaba hasta que encontraba esas gotitas que tanto me gustaban.

Como esto era poco y yo necesitaba más alimento, de vez en cuando aparecía o bien mamá o bien médicos o enfermeras con botecitos de deliciosa leche materna donada que otras mamás habían dado al banco de leche humana que tenía el hospital.

Gracias a todas esas mamás me fueron alimentando. Mi mamá también luchaba a mi lado con una máquina que ronroneaba para darme las gotitas que le salían. Y también me seguía metiendo en su camisón a que yo las sacase y aunque

esto último me costaba un montón era lo que más me gustaba. Sentirla tan cerca, escuchar el latido de su corazón, su voz tranquila y saboreando la rica leche que yo mismo hacía salir de aquella cosa tan blandita y caliente.

Escuchaba a los médicos dar muchos ánimos a mi mamá y decirle que pronto podríamos estar en casa disfrutando de una preciosa lactancia materna. Comprendí que aquello de lactancia materna era que podría estar con mi mamá todo el rato sin que ella si tuviera que venir a verme a la cajita transparente y que estaría siempre sacando por mi propia cuenta aquel líquido maravilloso de ella.

Los días seguían pasando y yo escuchaba que mi evolución era buena. Seguían dándome leche donada, que después de la leche de mi mamá, era lo que más me gustaba del mundo.

Y aunque era muy pequeño y no comprendía muy bien todo lo que pasaba a mí alrededor comprendí que aquellas mamás que daban su leche a otros bebes eran unas personas muy importantes que me estaban ayudando a hacerme grande y fuerte para pronto poderme ir a aquello que llamaban casa, que estaba seguro de que me encantaría.

Así que fui muy feliz siendo alimentado gracias a otras mamás que me daban su bien máspreciado, y luche por sacar a mi mamá también su leche para que pronto nos dejaran irnos a casa.

Y por fin llegó el ansiado día en el que nos mandaron a casa, entre muchos despidos y palabras de ánimo, Salí en brazos de mi mamá con mi papá al lado.

Una vez en aquel lugar que llamaban casa, mi mamá se sentó y me acerco a donde salía el delicioso líquido, suspire tranquilo y feliz y me enganche como hasta nunca lo había hecho.

Saqué y saqué más leche hasta que ya no pude más, me venció el cansancio y me quede dormido plácidamente.

Seguí creciendo, primero gracias a la leche de otras mamás que tanto agradecí y después a la leche de mi mamá que tanto me gustaba tomar. Sobre todo cuando acaba el día, me acurrucaba a su lado, buscaba aquella cosa blanda y

calentita y me enganchaba noche tras noche hasta que me vencía el sueño. Entonces me sentía igual de refugiado como aquellos meses que pase flotando, jugando con el cordón umbilical durmiendo y escuchando el latido del corazón de mi mamá.

“CUANDO UN PADRE VIVE LA LACTANCIA ANTES DE TIEMPO”

Francisco Javier Delgado González

En un lugar llamado Doce de Octubre en honor al descubrimiento de América mi papá descubrió lo importante que es la lactancia para un bebe y su mamá. Gracias a muchas personas mi papá y mi mamá tienen la suerte de ser unos afortunados padres prematuros.

Todo comenzó un día sin esperar, de improvisto, por sobresalto, recuerdo que era comienzo de semana y yo les di el primer disgusto a mis papis. Era muy pequeña e impaciente y quería conocerlos a todos antes de tiempo. Mi mamá después de permanecer en completo reposo en nuestro hospital durante cuatro días, tuvo que sufrir el segundo disgusto que la di. Y es que soy muy cabezota, y a pesar de que intentaron retrasar mi nacimiento, yo decidí nacer. Tan pronto fue que, en el mismo paritorio, mi mamá y mi papá en pocos segundos tuvieron que decidir mi nombre que apenas estaba consensuado. Era viernes por la tarde y jamás había visto a tantas personas juntas. Fue ver la luz y de repente, yo que venía tan feliz, me encontré a muchas personas todas ellas preocupadas. No entendí por qué. Fue todo muy rápido, me puse muy nerviosa y desde ese momento empecé a entender tal preocupación. Quise nacer sin estar preparada. A partir de aquí no recuerdo mucho, ya sabéis que los bebés no recordamos apenas nada de cuando somos pequeños, pero una frase se me quedó grabada en la mente. La doctora a la que estuve esperando cuatro días para nacer les dijo a mis padres que estaba en el mejor sitio del mundo para que todo saliera bien. Al oír la palabra mundo comprendí que algo bonito me esperaba y quería llegar a conocerlo, así que decidí poner toda mi atención a parar mi impaciencia desde ese momento y me deje llevar. Comenzó entonces toda una carrera de fondo para mí y para mis padres. A las pocas horas recibí mi primera ingesta, unas gotas de calostro que una enfermera recogió con el dedo del pecho de mi mamá mientras la enseñaba a estimularse, fue tan rápido que la pobre no pudo ni pedir permiso, lo lanzó en mi boca y mi ignorancia me hizo pensar que fue fruto de un gesto reflejo de aquella persona, pero que importantes fueron esas gotas de leche para mí.

Días después comencé a viajar, sí sí escucháis bien, realicé mi primer viaje y nada más y nada menos que en una ambulancia con todo lujo de detalles, aunque no pude evitar marearme en el trayecto a pesar de lo bien que me trataron en el viaje. Necesitaba nuevos cuidados y me trasladaron al lugar del descubrimiento que antes os comenté y como en siglos anteriores tuve la suerte del señor Cristóbal Colón. Ambos tenemos la suerte de poder decir que hemos descubierto un nuevo mundo.

Mi papá y mi mamá estaban muy preocupados por mí. A mi llegada les volví a dar otro disgusto, casi dejo de respirar y menos mal que la doctora que estaba de guardia pudo meter sus manos en la incubadora y logró sacarme del trance. ¡Qué manos de santa pensé!.. Eran mil cosas las que pasaban esos días por las mentes de mis papis y tal preocupación hacia que mi mamá apenas tuviera leche para mí. Pero yo estaba tranquila, al entrar en este nuevo mundo, pude observar a través del cristal de la incubadora un cartel que decía: "Banco de Leche Materna". Días después, a mis padres, mi primera doctora les explicó el funcionamiento del mismo. Que duro fue para ella no poder dar buenas noticias a mis papis en esos primeros días. Aunque para mí su gran noticia fue ofrecer a mis papis la existencia del banco de leche. Ellos aún no sabían el importante paso que daban para mí, pero poco a poco lo fueron observando. Vieron como me gustaba la leche donada y junto con la que mi mamá insistentemente se sacaba fueron el empuje para los primeros pasos de mi recuperación. Al principio recuerdo que no podía saborearla porque no me dejaban e incluso creo que la primera vez que se me llenó el estómago del todo me sentí empachada. Al fin pude salir de la incubadora y conocer el método canguro, ¡qué gran invento!, durante esos días sentí envidia sana de mi mamá porque mi segunda doctora le traía muchas veces piezas de fruta que debían de estar riquísimas porque olían genial, ¡qué pena que yo jamás pude probarlas! También recuerdo la primera vez que mamé. Estas cosas nunca se olvidan. Me llegó el instinto de un día para otro y sin preguntar. Lo habían intentado antes los profesionales con mi mamá pero yo muy selectiva decidí que el pecho de mi papa era el ideal para empezar y un día de repente haciendo canguro me giré a la derecha, y pillándole desprevenido, ante la sorpresa de todos le enganché la teta. Ese día mi papi sintió la lactancia en sus propias carnes. Como se reían todos y que cabreo pillé yo que de allí no salida nada. Alguien dijo entonces que somos

mamíferos pero a veces nos comportamos como los pájaros. En aquel momento a mi padre le vino a la mente una imagen de su niñez, era tarde de primavera en su pueblo materno y al fin estaba entendiendo por qué aquella pareja de pájaros de forma compenetrada entraba y salía del nido para dar de comer a sus pajarillos.

Me sentí durante meses mimada como una obra de arte a la que van dando pinceladas día a día. El primer refrán que aprendí en este mundo fue el que dice que “No hay dos sin tres” y por eso las últimas pinceladas las dio mi doctora “risueña”, a ella la debo la sonrisa que hoy muestro a mis padres.

Para entonces, mi mamá ya había hecho un esfuerzo brutal con una máquina llamada sacaleches, de la que apenas salían unas gotas pero logró mantener esas gotas para poder amamantarme. La leche donada hizo su función saciando mi hambre y mi mamá con su esfuerzo hizo la otra parte, gracias a ella desarrollé mi instinto de mamar, sin dejar a un lado la experiencia inicial con mi papá. Todo ello contribuyó a que mis defensas se hicieran fuertes. Fue todo un logro que hoy en día nadie aprecia salvo la diaria mirada de mi papá al observar cuando vacío los biberones. Queda en mi recuerdo también ver a muchas mamás sacándose leche para sus bebés y para los demás bebés que estábamos allí. Incluso mi papá me han contado que un día algo insólito ocurrió. Una mamá que llegó con una niña que ya comenzaba a andar desde el pasillo nos miraron y alcanzó a oír como la mamá le explicaba a la retoña porque traían la leche donada al hospital. Era para que bebés como yo nos pusiéramos buenos y creciéramos pronto. Imagino que fue inmensa la gratitud que enfrentó aquellas dos miradas, la de aquella mujer y la de mi papá. Y al igual que aquella retoña escuchaba de su mamá algo tan bonito yo he querido contaros mi historia para que comprendáis todos los que hoy me conocéis lo importante que es para un bebé la lactancia materna y la lactancia donada.

“Escuchar las voces de mis padres me ayudaron a daros las respuestas”.

EL DUENDE “LECHERÍN”

Mónica Martín

Mi hijo mayor, de cuatro años, cuando se va a dormir me dice casi todos los días: -Mamá, ¿me cuentas un cuento?, pero inventado, ¿vale?...-

Mi hijo pequeño, de dos años, cuando se va a dormir me dice: -¡Mamá... teta!-

Así que se me ocurrió, unir sus dos deseos y contarles a los dos el porqué de aquel reclamo tan ansioso y el misterio de la producción de leche materna (a ojos de los niños).

El cuento comienza así:

Hace mucho tiempo, cuando el mundo no era como ahora, ni mejor ni peor, sólo diferente. Existían bosques inmensos con criaturas peculiares.

Unas de estas criaturas, eran conocidas como Duendes Mágicos. Estos pequeños duendes, no median más de un niño de 1 año y tenían orejas grandes y puntiagudas, y la nariz roja como el tomate, pero su mayor característica era que podían hacer pócimas mágicas para conseguir todo lo q quisieran.

Un día, ocurrió un acontecimiento peculiar, uno de los duendes se dio cuenta de que los animales perdían mucho tiempo en encontrar comida y que incluso a veces corrían peligro por encontrar alimento. Subido en árbol observaba los conejos, los cervatillos, los zorritos y las comadreas, cada uno tenía su manera de alimentarse. Persiguiendo presas, olisqueando rastros, siguiendo huellas...pero muchas veces acababan muy cansados o su esfuerzo no tenía recompensa. El Duende pensó que los animales tenían que divertirse más y estar más tiempo juntos, charlando y jugando entre ellos, en vez de estar tan preocupados por su bocado. Sobre todo, los más pequeños y sus mamás y papás, ya que debían asegurarse que los recién nacidos comerían suficiente para hacerse grandes y fuertes. Al mismo tiempo, sus mamás, que acababan de tener los hijitos no tenían fuerzas para ir en busca de comida y los pequeños sufrían y lloraban. Se le ocurrió una idea, el Duende inventaría una pócima que tuviese todos los nutrientes

necesarios para los bebés, que fuese fácil de obtener, que se mantuviese a temperatura ambiente, que fuese apetecible, dulce, sabrosa para el gusto de los más pequeños, que su preparación no requiriese tiempo para sus progenitores, que previniese de infecciones, que ayudase a la formación de los nenes y nenas, que no costase muchos recursos, que fuese renovable y reproducible...

Cuando terminó su elaboración, El Duende metió su pócima en una botella y se la guardó en el bolsillo. Salió corriendo muy contento de su creación, pero ahora tenía un problema, no sabía cómo hacerla llegar a los demás...Tras mucho pensar y pensar, apareció por allí una abeja que le dio la solución.

-Igual que las abejas llevan el polen impregnado en sus patas de flor en flor, yo esparciré la pócima en pequeñas gotas en plantas, flores y pequeñas gotas de agua que serán llevadas por el viento y repartidas por todo el mundo- pensó el Duende. – Además, cuando las mamás respiren el aire del bosque, inhalan gotas de la pócima secreta y a partir de ese momento, ellas podrían producir esta pócima y dársela a sus bebés.

Pero este método tenía un problema, solo estaría disponible este secreto si su hijito/a tomaba la pócima de la tetita de la mamá, de no ser así, el poder de fabricar la fórmula mágica desaparecería.

Desde entonces y hasta hoy, todas las mamás gracias al Duende Lecherín, como se le conocía luego, tienen el poder de fabricar y dar una pócima mágica a sus bebés, la leche materna, ofreciendo grandes ventajas para todos y convirtiendo el misterio de la fórmula de la leche maternal en uno de los misterios más grandes y mágicos de la naturaleza.

Y colorín colado este cuento se ha acabado.

EL NACIMIENTO DE LA VÍA LÁCTEA

Iván Carabaño

Juno se quedó dormida muy pronto. Quería haber ido al hospital a donar un poco de leche, pero las manos del sueño le cerraron los ojos. La noche anterior había sido difícil. Ya saben: que si Hércules llora, que si no le cojas, que si otra vez le pones al pecho, que vaya dios va a ser un niño tan aferrado a una madrastra. Pero ella no protestaba. Le habían hablado de las virtudes mitológicas de la lactancia: inmortalidad, capacidad para impartir justicia, endurecimiento de la voz en el caso de los varones, templanza y humildad también en estos últimos. Y –qué tormentas– a ella le agradaba poder hablar así, íntimamente, con el que sería años más tarde el más célebre de los héroes griegos, por encima de las ganancias de la virtud. Tan feliz estaba, y tan especial era la unión, que Juno, sabedora de su capacidad para formar estrellas, arrojaba un poco de leche por la ventana del mundo, de cuando en cuando. Hércules sonreía con su boca de nueve meses al ver la deflagración, el estallido, los destellos. Y luego seguía a lo suyo, que por aquel entonces y durante mucho tiempo fue mamar.

MARIA SENCILLA

Angela Ruiz Garrido

Esta es la historia de María Sencilla. La sencilla María era una linda mujer de mirada clara y cristalina, su forma de hablar, su forma de ser, parecían fiel reflejo de ese apellido del que algunos se reían, pero María en su sencillez, no hacía aprecio de la mofa y olvidaba o se reía de canciones como aquella que le cantaban cuando era chiquitilla:

*“María Sencilla,
sentada en su silla,
comiendo tortilla”*

No sabía por qué su apellido, como el de tantas otras personas: Blanco, Delgado, Rojo, era motivo para algunos de risa. Realmente esos apellidos querían decir algo, por el contrario apellidos como Sánchez, ¿qué querían significar?

Pues María Sencilla, creció en su universo de sueños y de días a días. En ese tiempo se mezclaban los deseos con la realidad que no siempre era como la que había soñado. Por eso, cuando tuvo su primer hijo, sintió una pena enorme, tan grande como un mazazo, tan espesa como el cieno, cuando le dijeron que no podía amantar a su bebé. Y es que en una de sus revisiones le habían detectado un pequeño bulto en uno de sus pechos. El mal que todas tememos, allí estaba en forma de bolita que crecía y crecía. La necesidad de un tratamiento eficaz le obligó a enterrar el sueño de amamantar a su hija.

Cuando a María Sencilla se le informó de la posibilidad de alimentarla con la leche de un banco, María se sorprendió. En su sencillez, sólo sabía que la palabra banco podía ser el de sentarse en el paseo, o dónde ir a llevar, o poner dinero. ¡Qué suerte vivir en el siglo XXI! Si esto le hubiera pasado a alguien de hace pocos años, su bebé sólo podría alimentarse con la preparación de las leches comerciales. María sabía del derecho de cada mujer a elegir cómo alimentar a su hijo pero ella lo tenía tan claro, que la oscuridad de la ciénaga que le llegó con su enfermedad, se fue esfumando porque su hija tomaba leche materna. No de ella, sino de otra mujer que también creía que el mejor alimento de un recién nacido es la leche materna.

Gracias, gracias a esa desconocida, gracias a todas las que donáis, gracias a los que lo inventasteis a los que lo formalizáis, gracias, gracias....Pensaba María.

Pasó el tiempo, la niña creció, María también, pues la lucha contra su cáncer aunque dura fue efectiva y el mundo en el que se vio inmersa le transformó muchas convicciones, muchos pensamientos. Decidió, entre otras cosas hacer de la donación, una bandera. Ayudar a los demás en todos los aspectos posibles, “cambiar el mundo” ante la pregunta tan importante que se hizo a raíz de sus circunstancias: ¿Qué hago yo para mejorar el mundo?

Cuando se quedó embarazada de su segundo hijo y su enfermedad estaba superada. María se hizo donante de leche, por suerte de sus pechos fluía el néctar como chorros. Su leche, analizada, podría formar parte del banco de leche de su ciudad. Los análisis, la entrevista, todo salió fenomenal y ya con su carnet de donante de leche, María decidió crear una asociación de mujeres todas ellas comprometidas con esta causa. Tenía muchas amigas y enseguida se sumaron al proyecto. ¡Era muy gratificante saber que la leche materna ayudaba a alimentar a bebés inmaduros!, a los que su mamá les faltaba por algún accidente trágico del destino, a bebés cuyas mamas estaban enfermas,... en fin un montón de circunstancias en las que la leche materna es una bendición y un maná venido de la buena voluntad de mujeres y mujeres donantes.

Por suerte muchas de esas mujeres conocían a otras mujeres y hombres que apoyaron la iniciativa de María y crearon más asociaciones que como buena siembra se extendieron por el país y por el mundo.

A día de hoy la asociación LM es reconocida y candidata este año al Premio Nobel.

María ya es mayor, es una dulce viejecita de cabellos de plata que recuerda con amor sus tiempos de lucha. Ahora le ha dado por escribir poesías y pasa su tiempo escribiendo, visitando, apoyando y soñando.

El otro día fui a visitarla yo y quedé sumamente impactada por todo lo que me contó, por la magia y hechizo que posee, así que no me extraña que “enamore”

a todo el mundo. Me regaló estos poemas y quiero que los leáis y despedirme.
Gracias, María, ¡gracias a todos! ¡Buen día!

*Para nacer y vivir,
Necesito tu leche madre, de amor llena.
Tu leche blanca de esperanza plena.
Para abrir los ojos, tu piel hermosa.
Para respirar incluso, tu voz entera.
Amamántame, madre.
Amamántame con tu leche eterna.
Se alimentarán mis sueños.
Necesito tu olor, tu presencia que inunda mis días y noches.
Ea, ea, que me cantes.
Ea, ea, que me duerma.*

LECHE DE VIDA

Esther Ruiz Chercoles

¿Te has fijado en todo lo que puedo hacer con mi cuerpo? Puedo correr, puedo jugar, puedo reír, puedo abrazar a mi papá y también a mi mamá, mejor aún, puedo abrazarlos a los dos.

Todo empezó cuando mamá y papá se conocieron y decidieron tenerme. Al principio era una bolita muy pequeñita, pero los días iban pasando y yo iba creciendo en la barriga de mamá.

Me esperaban en invierno, pero nací a finales del verano. Papá y mamá tenían muchas ganas de verme, pero no me esperaban tan pronto. Demasiado pequeño. Demasiado pequeño me vi empujado fuera de mamá, cuando mis pulmones todavía no sabían respirar solos.

Sentía frío, muchas manos me tocaban, estaba asustado.

Me metieron en una cajita de cristal y desde allí fui conociendo todo lo que sucedía a mi alrededor. Oía voces, pronto reconocí la de papá y después la de mamá, me acariciaban.

Era tan pequeño que no tenía suficiente fuerza para succionar del pecho de mamá. Ella se tenía que extraer la leche, pero cada vez había menos.

Un día conseguí abrir los párpados y me fijé en un grandullón que estaba metido en una cajita al lado de la mía, se pasaba durmiendo todo el día y toda la noche, o al menos eso me parecía a mí. También estaba conectado a una máquina que movía sus pulmones y también tenía un tubito por la nariz, pero a él no parecía molestarle tanto como a mí.

Hablaban de una enfermedad de los nervios, una enfermedad que era la causa por la cual él no se movía, siempre en la misma posición, por eso parecía dormido. Daniel se llamaba. Sus papás le acariciaban le hablaban, su mamá le traía leche y a mí me parecía que él sonreía.

Una mañana gris sacaron a Daniel de su cajita, su madre lo cogió en brazos, el padre abrazaba a los dos, pero no se sentían contentos. Le llenaron de besos salados.

Tardé en comprender lo que estaba pasando.

Sentí un nudo de tristeza frío y duro en el pecho. Aún no sabía que las personas morían, que los niños también podían morir.

No podía creer que no vería jamás a Daniel. Sentí como mis ojos se llenaban de lágrimas, el monitor empezó a sonar y una enfermera vino a ver qué pasaba. Me acarició, me susurró palabras que hoy todavía recuerdo: “Es normal que estés triste, pero estamos tristes por nosotros. No podemos estar tristes por Daniel, él estaba prisionero en su propio cuerpo, un cuerpo que no se podía mover, un cuerpo que no podía respirar, que no podía alimentarse... Ahora por fin, descansa”.

Los días pasaron y aunque el sentimiento de tristeza seguía en mi pecho, no era tan hondo como al principio.

Pasados unos días el sabor de la leche cambió, se hizo más dulce, más cálido, sentía cómo cada día me encontraba más fuerte, protestaba más y empezaron a quitarme tubos y vendas.

Mamá cada vez me cogía más, pasaba más tiempo fuera de la incubadora, que así se llamaba la cajita de cristal y sentía cómo la ropa se me iba quedando pequeña.

Había tantas cosas nuevas para ver, tanto por descubrir...

Mamá hablaba mucho conmigo, me contó que la madre de Daniel tenía que venir a diario al hospital, pues los pechos se le llenaban con tanta leche que se la tenían que sacar. Empezaron a repartirla, a poner unas gotitas en cada jeringa y comprendí el motivo de mi nueva energía.

Todos estábamos más fuertes. Nos fuimos marchado uno a uno y María, que así se llamaba la madre de Daniel seguía trayendo su leche.

Me contaron que tuvieron que almacenarla, que la congelaban, e incluso que venían a buscarla de otros hospitales, para otros niños como nosotros.

Ahora lo entiendo, Daniel vive en cada uno de nosotros, porque es su leche la que nos ha sacado a todos adelante. Daniel, me siento muy feliz de haber podido conocerte.

Así se creó lo que hoy es el banco de leche del hospital Doce de Octubre, un lugar que da vida, gracias a la generosidad de muchas familias como la de Daniel.

A veces, cuando levanto la vista al cielo, imagino que las nubes son la madre de Daniel y la lluvia, gotas de leche, leche de vida.

Para mí eso es magia.

MI PEQUEÑA GRAN HISTORIA

Vanesa Romera Molinos

Qué bonito volver a saber que estaba embarazada...si la primera vez fue algo especial y maravilloso con nuestra hija Paula, esta vez no iba a ser menos.

Que felicidad más inmensa ver crecer esa preciosa tripita y disfrutarlo con mí pequeña y mi chico, el 2013 era nuestro año.

Estaba de algo más de 23 semanas cuando nos fuimos, como tantos otros veranos, a nuestro destino favorito Asturias. Lo estábamos pasando a las mil maravillas con un tiempo estupendo, visitando pueblos y lugares alucinantes y dándonos esos bañitos en la playa rodeados de paisajes extraordinarios... ¿qué más se podía pedir?

Un día antes del final de nuestras vacaciones me empecé a encontrar mal y decidí con el mejor de los criterios regresar a casa. Era 03 de Agosto y nos esperaba un viaje lleno de incertidumbre sin saber muy bien lo que pasaba pero nunca, y digo nunca imaginando lo que iba a suceder...

Llegamos sobre las nueve de la noche al Hospital Príncipe de Asturias de Alcalá de Henares y tardaron poco en atendernos. Estábamos bastante nerviosos y teníamos miedo por si algo no estaba bien pero éramos optimistas.

La ginecóloga fue clara; "Vanesa estas de parto, has dilatado 3cm y aunque vamos a intentar frenarlo el mayor tiempo posible la verdad es que no pinta bien". Es imposible describir ese momento, todo lo que se te pasa por la cabeza, el miedo, la tristeza, inquietud...Tengo que agradecer infinitamente a todo el equipo que me atendió durante esa noche la delicadeza, cariño y comprensión que nos transmitieron, que grandes profesionales. Nos explicaron paso a paso lo que iban a realizar: medicarme con corticoides para madurar al niño y también para frenar el parto. También vinieron del equipo de Neonatología para explicarnos todo lo referente a nuestro pequeño.

Nunca piensas que eso te pueda pasar a ti.

Pasaron las horas y yo seguía dilatando, ya estaba en 6cm. Todavía quedaba otra noticia por darnos y era que en el Hospital solo atendían prematuros de más de 28 semanas y yo estaba de 25+3. Pasada esa larga noche decidieron trasladarme en UVI a la Paz.

Cuando llegue ya estaba de casi 9cm, el parto era inminente y después de todo un día largo y duro, a las tres y media nació nuestro precioso bebe al que llamamos Carlos. Para sorpresa de todos nació respirando por sí mismo, tenía muchas ganas de vivir.

Una vez en la habitación te das cuenta de la situación tan extraña. Te encuentras en una planta en la que todo es motivo de alegría pero yo no me sentía así. Pasaron varias horas hasta que pude ir a ver a mi príncipe.

Acompañada de Carlos, mi marido, cogí el ascensor y bajamos a la tercera planta, cruzamos una puerta blanca y andamos por un pasillo hasta llegar a la puerta del BOX-302. Entramos y una enfermera muy amable nos dirigió hacia él. No podía parar de llorar, ¿por qué había pasado? ¿Por qué a nosotros?

Es algo indescriptible ver algo tan pequeño rodeado de máquinas, con mil cables y pensar que es tu hijo.

Tras cruzar de nuevo aquella puerta para salir me di cuenta que por mucho que me preguntara el por qué había sucedido, ya había pasado, y que lo que tenía que hacer desde ese mismo instante es ser fuerte y luchar por mi hijo y mi familia. Luchar por, mi hija Paula una niña alegre y despierta a la que adoro y por, un marido estupendo que me hizo las cosas mucho más fáciles dándome todo su apoyo y cariño porque sé que se lo he hecho pasar mal.

A partir de eso momento comenzó una larga lucha en la que cada día era una gran victoria.

Quien no recuerda el ruido de esas pequeñas máquinas que no podíamos parar de mirar, creo que aun hoy en silencio puedo oírlas. Y esos padres deambulando por los pasillos con caras de agotamiento y preocupación con los que te sientes tan identificado...son tantas emociones.

Pero hoy quiero recordar todas aquellas experiencias que he podido vivir y acordarme como algo especial y mágico. Recuerdo una mañana que llegue y la enfermera que le atendía me esperaba para bañarle. Con una bañera tan diminuta como las que tiene mi hija para jugar con sus barriguitas y poder tocar, sentir y oler esa piel tan suave y fina, fue sin duda algo único que nunca olvidare. Sus primeros biberones, los cambios de pañal y el poder cogerlo casi desde el primer día y sentir piel con piel, te reconforta de tal manera.

Otro momento único para mí fue cuando, después de más de siete semanas, le pusieron en su cunita...como pude llorar ese día de tanta alegría. Era un gran paso y todos lo sabíamos.

Algo que todavía no he contado en mi historia y de lo que me siento orgullosa y Feliz es que con un gran esfuerzo he logrado que mi pequeño Carlos se alimente de leche materna. Siempre he pensado que es el mejor alimento para cualquier bebe y mucho más para este tipo de niños. Yo alimente a Paula durante siete meses y jamás ha estado enferma y Carlos que os puedo decir, con tan pocas semanas que nació ya era raro que no tuviera nada, pero es que desde que nació tampoco ha estado enfermo y pienso que la leche materna tiene mucho que ver. Te crea un vínculo extraordinario con tu hijo. En mi caso tenía tanta leche que he me hice donante. Sentir que podía ayudar a otros niños me ayudó mucho mentalmente para hacerme más fuerte.

Y después de 88 días ingresado llego el día con el que habíamos soñado durante tanto tiempo, fue el 31 de Octubre cuando por fin salimos del Hospital con nuestro pequeño Carlos en brazos. Por fin estábamos los cuatro juntos dejando atrás esa "pequeña gran historia" y comenzando toda una aventura que es la vida.

Carlos ha llenado la casa de aire fresco. Seguimos con nuestras revisiones pero está sano y aunque parece mentira se sigue alimentando únicamente de leche materna, recuerdo la cara de asombro de la Neuróloga cuando rellenando el informe pregunta: ¿Qué tipo de leche toma Carlos?, a lo que yo respondí: Toma leche materna. Disfrutamos mucho de él porque es risueño y se hace querer. Nos tiene locos de alegría. Solo hay que ver su cara para saber que es un gran luchador.

No puedo dejar terminar mi relato sin dar las gracias al equipo de Neonatología de la Paz, desde médicos, enfermeras, auxiliares, celadores, etc... Por el gran trabajo que hacen, no solo con los niños, sino también con los padres y que sin ellos yo no estaría aquí escribiendo esta historia. Siempre os llevaremos en nuestro corazón.

Y AHORA, ¿QUÉ VA A SER DE DYLAN?

Miguel Ángel Zafra Anta

- Uf. ¡Qué mañanita! ¿Por qué discutir de esta manera?- Carla iba así pensando, mientras conducía el automóvil- ¡Qué mal desayuno! Y casi no se acordaba de por qué había tenido ese desencuentro con su marido.

Carla iba conduciendo por la N-506 para llevar a Tiago, a su hijo de 5 años, al colegio. El chico estaba en primaria. El colegio no podía estar más cerca del trabajo de Carla.

Su hijo iba bien atado en su sillita, en el asiento de atrás.

Su marido siempre le corregía, y decía “sujeto, no atado”.

Puso música en el coche, con “spotify”. Empezó a estar un poco más relajada.

- Un día de éstos – seguía meditando Carla- si sigo tan estresada, voy a tener un accidente. El embarazo lo estaba llevando fenomenal; pero ahora, con la barriga, las tareas de casa, el trabajo..., y su marido que tenía que hacer viajes de trabajo, precisamente en esa época... Carla no quería ser una “supermujer”, decididamente le parecía que se le estaba exigiendo demasiado. Por ello, estaba pasando mucho estrés. Su próximo hijo, Dylan, ya estaba de 31 semanas. En ese momento, le estaba dando pataditas.

Se escuchó un frenazo más adelante en la carretera.

No tuvo más consecuencias.

- Algún conductor despistado- pensó. Y se volvió un segundo para ver que Tiago estaba tranquilo. Qué lindo estaba. ¡El chico más guapo del mundo! ¿Cómo llevaría la venida de Dylan a casa?...

Sonó un golpe en el lateral del coche, que se había desviado hasta chocar contra la mediana. Carla perdió el control del coche, que giró 180 ° y se puso de frente a la marcha, a la dirección de ese carril. En seguida sonaba otro ruido horrible...

....

El olor del bebé le resultaba familiar, y su voz, su llanto.

¿Por qué no podía abrir los ojos? ¿No podía ni coger al bebé, no tenía fuerzas? ¿Por qué estaba tan cansada? Y le dolía todo.

A Carla, mientras estaba en la UVI, sedada, intubada, con mil cables y goteos, todo le parecía como en un sueño.

....

- Papá, papá, papá.... ¿Por qué duerme tanto mamá? – Preguntaba Tiago a su padre.

- Duerme porque está muy cansada- hablaba Sergio, con la voz quebrada, mientras tomaba de la mano a su hijo-. Desde el accidente no para de dormir. Es que como el coche contra el que se chocó iba muy deprisa... Tiene que descansar mucho. Lleva durmiendo desde hace 2 semanas. Pero... ¿a que parece la bella durmiente?. ¿verdad? Tenemos que darle muchos besos para que despierte, y nos vuelva a cantar las canciones que nos cantaba. ¿Te acuerdas?

- Sí, la que más me gusta es la de Roar, que hace de león.

- Tu madre la volverá a cantar, como Katy Perry, que la vemos en youtube. Bueno, mucho mejor que esa Katy.

Era la tercera vez que su hijo Tiago iba a visitar a su madre en la UVI. Estaba intubada, llena de cables, hinchada, con costras aún en la cara.

“Los niños no pueden visitar a su madre si está en la UVI. Ni preguntarlo”. Le dijeron el primer día. Sería, además, contraproducente para ella, que está muy inestable todavía.

Pero llegó un enfermero, que junto con una residente, le dijeron que prepararían algo en seguida, en cuanto se pudiera. Una sorpresa.

La mujer de Sergio llevaba ya tres días en Intensivos, y había llegado el momento de que su hijo le hiciera una visita. Primero fue Tiago, y en cuanto estuviera sin CPAP (sin presión de aire), iría Dylan, el hermanito.

La idea de que su hijo visitara a la madre en la UVI le pareció una broma macabra al principio.

- Papá, papá, papá... Hoy mamá... me está apretando la mano, ¿sabes?. ¡Se va a despertar pronto!

- ¿Si? ¡Sí! Sí hijo, se va a despertar pronto, a lo mejor mañana.

- Te está cayendo una lágrima, papá. ¿por qué? ¿por qué? ¿por qué?

- Hijo. Una de las cosas más emocionantes en esta vida es llorar de alegría. ¡Mamá se va a poner bien! ¡Ya lo verás!

....

Pues no había sido una “broma macabra”. El enfermero y la residente lo prepararon todo, hablaron con quien había que hablar (y muchas veces, según se enteró después). Lo acondicionaron todo y “voilà!”

Cuando Sergio entró a la UVI con su Tiago, pensó que se impresionaría. Tenía 5 años, al fin y al cabo.

Sólo le había dicho: Hoy vamos a ver a mamá.

Entró en la UVI con aprensión. Cuando vio el ambiente, no pudo disimular unas lágrimas, que esta vez consiguió que su hijo no viera.

En el espacio de la UVI donde estaba su mujer. El “box” como lo llamaban., habían colocado biombos con telas decoradas, como pinturas de un restaurante chino. Los biombos tapaban las bombas de infusión de sueros y de medicaciones.

Sonaba una música relajante. Y su mujer tenía un gorro de colores, decorado con un dibujo de “Dora exploradora”. La tapaba hasta el cuello una sábana, como las de casa, de flores. Llevaba un antifaz de colores, de esos de dormir. Y el tubo del respirador tenía un esparadrapo de... ¡Spiderman!.

- ¡¡Este hospital-hotel está superguay!! Exclamó su hijo.

Tiago pensó que aquello era lo más natural del mundo. Cogió a su madre de la mano y le habló un minuto, que fue lo que le dejaron el primer día. Le contó que ese día se había peleado con su amiga Jenni... Su madre no le contestó nada, no movió ni un dedo. Pero el chiquillo salió todo contento.

....

El olor del bebé le resultaba familiar, y su voz, su llanto.

¿Por qué le costaba tanto abrir los ojos?

Ahora, con ayuda, Carla ya podía coger al bebé que le ponían en el pecho. Era precioso; pero todavía tan pequeño. Se enganchaba a sus pechos con toda la naturalidad del mundo.

“Mi niño, mi Dylan”. Se dio cuenta de que ese era su nombre. No sabía cómo, sin embargo, por fin lo había recordado. Ya no estaba tan cansada. Ya no le dolía todo.

Empezaba a recordar cosas. De otras no sería consciente nunca.

Los médicos y enfermeras estaban fantásticamente sorprendidos de esta paciente: en la UVI, sedada, intubada, relajada. Y cuando le ponían al bebé en brazos, le cambiaba la frecuencia cardiaca, el patrón respiratorio, y en ocasiones salía una lágrima de sus ojos, protegidos para evitar alteraciones corneales.

Además, una enfermera también era un poco ayudante de maternidad, otra madre “de leche”. La enfermera, que era donante de sangre, también se había convertido en donante de leche al hijo prematuro de Carla y Sergio, gracias al apoyo de su supervisora y también de la jefa de Servicio de Neonatología. Dylan tuvo que venir un poco pronto al mundo, tras el accidente de tráfico de su madre.

Carla tenía a su bebé en los brazos, piel con piel. Beso a beso. Verso a verso.

En ese momento escuchaba a su marido leyéndole poesía: A modo de haikus.

El instante presente,
momento para siempre.

Primer camino,
tras nacer de mí,
mirada y piel con piel.

Parto, mamar,
tu manita en mi seno,
nuestra hora cálida.

Beso de papá,
mientras tomas, bebé,
valle de ternura.

FIN

MI GRAN OPORTUNIDAD

Mónica Cuenca Rodríguez

Ahora sí, por fin, esta es la mía. Llego la hora donde puedo responder por todo lo bueno que se me dio.

Os tengo que contar mi historia. Sabía que en algún momento de mi vida iba a poder devolver el favor que se me hizo algunos años atrás. Pensaréis: ¿Qué quiere decir con todo esto? Lo vais a entender a continuación.

Me remonto 18 años atrás. Llego el momento en el que a mi padre, después de varios años intentando acabar con el virus de la hepatitis C le comunicaron que tenían que hacerle un trasplante de hígado. Se lo realizaron y fue todo un éxito. Se recuperó muy bien, ya que era un hombre muy vital y sobretodo inmensamente positivo, eso es lo que le mantuvo con vida 5 años más.

Pocos o muchos, según como lo miremos. Pocos, porque siempre cuando te tocan estas cosas en la vida te preguntas porque a ti. Muchos, porque gracias a la generosidad de un ser humano tuve a mi padre 5 años más conmigo, teniendo muchos recuerdos para mí y muchos momento intensos con el que recordare por siempre.

Aún hay más, intentaron hacerle un segundo trasplante, pero no pudieron llegar a intervenirle porque no había manera de poder sacarle su órgano, todo estaba preparado para un segundo trasplante y no fue posible.

No sé qué pasaría con el órgano, me imagino y deseo que viva en otra persona. La generosidad fue doble.

Yo no había tenido oportunidad de poder devolver este gesto tan bonito de DAR VIDA. Así que ahora era Mi Gran Oportunidad.

No sé cuándo tuve conocimiento de la donación de leche, pero sabía y necesita hacerlo. Esto es DAR VIDA. Saber que con el simple gesto de sacar leche estas colaborando con niños que tienen graves problemas.

Gracias a ese gesto, esas indefensas criaturas, podrán seguir creciendo junto a sus familias.

Lo más maravilloso de la vida para mí son mis hijos, no hay nada que lo pueda igualar.

Saber que en alguna de las familias que hoy están aquí hemos podido colaborar a que puedan estar junto a sus hijos y que han salido de la obscuridad, eso no tiene precio, se llama GENEROSIDAD.

DESPIERTA

Eva Sánchez-Paus Sánchez

Un llanto de desolación en medio de la noche se adentra en mi habitación, el cansancio me engaña; sueño o realidad. El calor de mi pecho no miente, estoy despierta. Mi pequeño duerme plácidamente, no es su quejido lo que me ha despertado. Me decido a salir de la habitación y a vaciar mi pecho. Camino hacia la sala de lactancia, siento el llanto más cerca de mí. Me adentro en la sala, pongo cara, cuerpo y alma al quejido que me ha hecho despertar de mi profundo sueño.

Un intercambio de miradas y un " buenas noches" es lo único que soy capaz de decir. Me dispongo a sacarme leche, he tenido una gran subida, un parto precioso en una " horita corta" y un bebé sano de más de tres kilos. El sacaleches a toda máquina y en apenas cinco minutos tengo un bote lleno de leche; en susurros pienso en voz alta mi gran parecido a una vaca lechera. Saco una sonrisa entre tanto llanto a mi compañera de sala. Su pregunta esconde la respuesta.

- Qué vas a hacer con esa leche ?me pregunta sollozando.

- Qué se puede hacer con ella ?la contesto. Mi bebe no la necesita y me da pena tirarla.

Entre lágrimas me cuenta su triste historia, un parto prematuro de gemelos de apenas 27 semanas, uno de los bebés se despide de su mama a las pocas horas de vida y su otro pequeño está luchando por quedarse con ella. No puedo contener las lágrimas, un sentimiento de culpa invade mi cuerpo.

- ¿Qué puedo hacer por tí? la pregunto sin pensarlo.

- Hazte donante y estarás donando vida.

En ese momento supe quien había llamado a la puerta de mi profundo sueño, "su llanto", llenó de leche mi pecho, y ahora llenaba de lágrimas mi cara.

Entre las manos, sujeta un bote con más lágrimas que leche, no necesito más palabras para convencerme que me haría donante de leche a la mañana siguiente.

Salgo de la sala y solo puedo entonar un "no te preocupes", ánimo, yo estaré a tu lado.

PSYCHOSIS POSTPARTUM

Carolina López De Blas

“Semidesnuda y empapada”

Así me encontraron los paramédicos, policías y bomberos el día del “episodio”.

Cuando alguien llama al 911 en Estados Unidos, un tropel de personas se presentan en el lugar del problema, no sólo van los policías, la ley exige que bomberos y paramédicos se presencien en el lugar de los hechos.

“¿Por qué hay tanta gente? ¿Qué hacen aquí? Uff... respira, este se me muere aquí mismo, BREATHE, BREATHE... JUST BREATHE...” Y es que a medida que los paramédicos se me acercaban para inyectarme un calmante, sentía que sus caras se deformaban, se tornaban a un color verde aceituna y sus cuerpos se empezaban a desintegrar... pero en cuanto les gritaba que respiraran, volvían a la normalidad.

“Is there any guns and drugs in the home” llegó a preguntar un policía... *“No, of course not”* respondió Mariano. *“Por qué preguntará que si hay drogas o pistolas en mi casa... ¿qué se ha pensado este?”*

“Pero... Mariano, ¿por qué has llamado a esta gente? Yo sólo quiero salvar el mundo. ¿No te acuerdas de que soy la Virgen María, tú eres San José y de que nuestro bebé es Buda? Cómo has podido olvidarte, si llevo toda la noche gritando que con AMOR podemos llegar a salvar el mundo.”

La sed que sentía me hizo arrojarme una jarra llena de agua congelada por todo el cuerpo, las ropas mojadas me molestaban, así que decidí que no las necesitaba más... total, tenía que morir para poder salvar el mundo, así que qué mejor que hacerlo tal y como vienes al mundo.

En momentos de lucidez, pensaba *“pero... ¿por qué tengo que morir para salvar el mundo, si acabo de vivir lo más bonito de mi vida, acabo de dar vida a un ser hermoso y quiero estar con él?”*

A todo esto, nuestro pequeño Dillon, dormía plácidamente.

Cuando la ambulancia me llevó a urgencias, Mariano recordó que teníamos un bebé y fue a comprobar cómo estaba después de más de 3 horas de locura.

Dillon, tranquilo desde el día en que nació, estaba con los ojos abiertos en su cunita, calladito y esperando a que todo se pasara para ser atendido.

Lamentablemente, en el hospital de nuestro pueblo no me podían atender, así que, en menos de 24 horas, estaba metida en otra ambulancia rumbo al mejor hospital psiquiátrico de Colorado en Denver.

“Olanzapine”

Amante de la medicina natural, hipnonacimiento y técnicas de relajación para el control de la mente... nunca pensé que me sentiría tan agradecida por la existencia de esa droga. Gracias a su ingesta durante 15 días, pude volver a la realidad después de este episodio de psicosis postparto.

A los tres días de estar internada ya volví a casa.

Estaba contenta de volver a estar con mi bebé y de saber que mi hermana venía desde Madrid en el primer avión que encontró para ayudarnos.

También fue una tranquilidad, saber que Mariano y nuestro bebé habían estado en buenas manos viviendo en casa de nuestros buenos amigos John y Kate. A los que estaremos agradecidos toda la vida.

Debido a que no pude dar el pecho a mi bebé durante 15 días, nuestra doula, Allison, movió cielo y tierra para conseguir leche materna. Entre sus pacientes se encontraban un montón de madres con leche extra en sus congeladores que generosamente donaron para nuestro bebé.

Después de esta ayuda y en agradecimiento a ellas, me hice donante de leche materna y, aunque lejos del Banco del Hospital 12 de Octubre en esos momentos, intenté donar todo lo que pude durante mis dos meses de vacaciones en España.

Una vez más agradezco la buena labor y el desempeño que hacen los profesionales a cargo del Banco, es una suerte poder contar con un servicio así que ayuda a padres, madres y bebés necesitados.

Muchas gracias.

EL FOLLETO

Pepa Jiménez Calero

Juana tomó el folleto de la donación de leche materna y lo guardó rápidamente antes de lo que viera su suegra. Demasiado tarde. La suegra la miró con los labios apretados y el rostro contraído. El mismo folleto que la buena mujer tiró a la basura la semana pasada. Juana empujó el cochecito de su hijo y salieron de la consulta del Pediatra. Los tacones de la suegra resonaban en el suelo de mármol. En la calle un tímido rayo de sol comenzó a derretir la nieve de los árboles.

El pequeño Simón dormía ajeno al malestar de su madre, asfixiada bajo la mirada ácida y acosadora de su suegra. Dichosa mujer. Una suegra alta y fuerte que no cesaba de decirle que dejara de lactar. En una semana el nieto cumpliría seis meses y esa es la edad en la que todos los bebés, insistía, deben dejar el pecho de su madre.

Al llegar a casa Juana lee el folleto a escondidas que guarda doblado en el bolsillo del vaquero. Abre el frigorífico y contempla dos frascos de su leche sacados esa mañana, listos para congelar. Sonríe y por un instante se siente útil, poderosa pensando en donarlos al banco. Le gusta ese color pálido amarillento, el mismo color de un vestido que solía llevar en su infancia.

Cuando regresa al salón, encuentra sobre la mesa de cristal un bote con letras grandes rojas de leche maternizada que ha dejado la suegra. Juana lo mira y sale al baño molesta sin decir palabra. Se mira al espejo y se siente pequeña. Las ojeras, descuidada, sin maquillar, el pelo negro lacio, y sobre todo se siente incapaz de enfrentarse a la experimentada madre de su esposo. Saca el móvil y marca el teléfono de información del banco. Habla en voz baja. Satisfecha sale con la cabeza alta, dispuesta a su pequeña hazaña. Ha tomado una decisión, irá por la tarde al banco de leche cuando su suegra se haya marchado. Respira tranquila, satisfecha.

Unos minutos más tarde, mientras suenan las campanas del ángelus, Juana murmura algo, enfadada. Al llegar al salón, se ha encontrado a su hijo jugando con un biberón que le había hecho la abuela. ¡Un biberón! La madre, molesta, lo ha

cogido con rabia y lo ha vaciado en el fregadero. Temblando aún, arranca al pequeño de los brazos de la abuela y lo pone al pecho.

Es la primera vez que hace frente a su suegra. Sigue temblando sin atreverse a mirarla. Pequeña y menuda sin saber qué decir. En el suelo unos cojines de pana rosa observan la escena. Han pasado unos minutos y la puerta de la calle se cierra de un portazo. Su suegra se ha marchado sin decirle adiós. Juana besa la cabeza de su hijo y se muerde los labios. Nerviosa. En ese instante solo piensa en su esposo.

Sobre las dos y media, el marido recién llegado le cuenta el enfado de su madre, las lágrimas desairadas de una abuela que solo intenta ayudar. No seas terca, le dice, a partir de seis meses las madres sensatas dejan de dar el pecho. Además la tontería esa de dar tu leche a un banco. ¡Que lo hagan otras! Ahora en invierno coger el autobús, tirar del niño, la bolsa... Es una locura. Piensa en ti, por favor, piensa en ti. Por una vez, creo que mi madre lleva razón.

En la calle suena lejano el sonido de una ambulancia. Juana abraza a su esposo con una inmensa ternura antes de marcharse a trabajar. En la puerta, él la besa cariñosamente. Y ella siente que todo está perdido. Sus ojos húmedos evitan mirarlo. En el aseo, hace una bola con el folleto y lo deja sobre el lavabo, junto a la pastilla blanca de jabón.

El pequeño Simón duerme tranquilo, a su lado la luz se filtra por las persianas del dormitorio principal. Juana guarda los platos en el lavavajillas y suspira. Sus manos huelen a naranja, le encanta ese olor. Un pensamiento atrevido abraza su espalda. En el alfeizar de la ventana una paloma gris extraviada parece mirarla antes de retomar el vuelo. Piensa en ti, repite evocando las palabras de su esposo. Y sonrío porque el tiempo de pensar en ella ha llegado, es ahora. Se acerca al lavabo y extiende la pelota arrugada de papel sin dejar de sonreír. Coge el cepillo y recoge su pelo con un pasador de flores verdes. El colorete recién puesto en las mejillas hace juego con el pintalabios rosa. Se siente feliz.

Juana canta en voz alta una canción alegre, mientras guarda los frascos de su leche en la bolsa azul de los congelados. Media hora más tarde en el autobús sujeta como si fuera un tesoro el folleto arrugado en sus manos. El pequeño la mira

embobado y ella le cuenta que van a regalar la leche que tanto le gusta a él para que otros bebés crezcan fuertes y sanos, como tú mi príncipe encantado.

CUENTO SOBRE MAMÁS, HADAS, HABAS, PINOS, ACACIAS Y SAVIA

Fabiola Cortés-Funes Urquijo

Hace algunos años, más de veinte y menos de cincuenta, en el mundo que conocemos, había una mujer que estaba embarazada. Tenía mucha ilusión con este bebé, aunque también tenía miedo. A veces pasa que algunas mamás mezclan la ilusión con el miedo y hacen una mezcla que se queda pegada al cuerpo y luego no saben cómo quitarla: a este sentimiento le podemos llamar miedusión. Esta mamá no tenía más bebés y no sabía si le iba a poder cuidar bien, ni si le iba a saber alimentar, porque ella creía y sentía que esto era muy difícil. Donde ella vivía era frecuente que los bebés quedaran al cuidado de mujeres que no eran sus madres, incluso le habían contado historias de sus madres y abuelos que habían sido cuidadas, queridas y alimentadas por amas de cría y diferentes cuidadoras. Algunas mujeres que habían tratado de cuidar de sus hijos lo habían pasado muy mal. Pero ella tenía muchas ganas de cuidarle, de quererle, de alimentarle y abrazarle; al llevarle dentro de alguna manera era como si ya le estuviera abrazando.

Un día esta mamá estaba pensando en todas estas cosas y cuando de repente sintió que el bebé quería salir. Se asustó mucho, no era el tiempo de dejar salir al bebé, todavía era muy pequeñito. Había muchas cosas que todavía no estaban preparadas para la llegada de esta nueva personita a su vida. Así que fue al hospital y ahí se quedó durante unos días preparándose para la llegada. Ella seguía con esta extraña sensación de miedusión, aunque el miedo parecía estar ganando y por más que quería tener ilusión por ver su bebé, en seguida le surgía el miedo por todo lo que eso conllevaba. Sin darse muy bien cuenta cómo pasaron las cosas de repente se vio en un lugar con un montón de médicos que le decían que todo estaba bien pero tenían cara de miedo, sin nada de ilusión y ella se asustaba. Cuándo más tensa estaba, miró por la ventana y algo le hizo pensar que estaba en un bosque, esta imagen y sensación le tranquilizó. De repente le enseñaron a un pequeño bebé, era una niña pequeñita, pequeñita, pero al verla como se movía, cómo apretaba los puñitos, como protestaba y arrugaba la nariz el miedo se desvaneció. Decidió llamarla Habita, para ella era un nombre muy especial, desde siempre la había imaginado con esa forma y con esto se quedó más tranquila. Al

darle el nombre sintió una gran fuerza que las unía y que conectaba a la pequeña con el lugar donde las almas tienen nombre. Por eso ya no podía irse fácilmente, estaba unida a un nombre y a la mirada de su mamá.

La nueva mamá se encontró en una habitación donde se sentía muy rara, triste y sola. El miedo había crecido mucho y ahora le impedía pensar adecuadamente. No sabía muy bien qué había pasado. Sabía que ahora era mamá, pero había algo raro en ella. ¿Cómo iba a poder empezar a ser mamá, si no podía tener cerca a su bebé? Empezó a llorar y llorar y llorar, hasta que alguien apareció. No veía muy bien ya que las lágrimas le habían nublado la vista y de hecho no sabía si esta persona era real o imaginaria. Era una gran mujer que emanaba mucha Luz y que le preguntó ¿cómo le podía ayudar? Ella le contó que no sabía dónde estaba su pequeña y si estaba bien, y que tenía mucho miedo de que le pasara algo. Que tenía muchas ganas de cuidarla pero no sabía cómo hacerlo.

Esta mujer de Luz, este Hada, le contó a la mamá una historia: “Tu bebé ha oído tu voz y el nombre que le has dado y por eso está muy bien, ella piensa que es un haba pequeña y está muy tranquila, sabe que las habas nacen pequeñas, así que está poniendo toda su energía en crecer y crecer. Está buscando la energía de la tierra y dando poder a sus raíces, por eso tiene algunos filamentos largos que le conectan con la fuerza de la vida, con el oxígeno, con el agua, tiene la luz del sol que le calienta y le da toda la energía y para que el viento exterior no le traiga ningún peligro está protegida por una cápsula hecha de hilos de seda que permiten que del exterior solo pase lo que necesita y deja fuera lo que le puede dañar. A su alrededor hay muchos árboles y plantas mayores que conocen bien los procesos de estas habitas, han visto muchas así y ellos la protegen para que siga su desarrollo. Hay unos pinos que son expertos en usar sus hojas para hacerle llegar lo que necesita. Hay acacias que son expertas en transmitir calor y confort. Y además están las habas mayores que hacen algo muy muy especial; ellas han ido guardando la savia y el néctar elaborado por ellas y lo almacenan para dárselo a habitas como esta que llegan a este lugar, así que tiene toda la comida que va necesitando. Solo le falta una cosa para estar en el mejor lugar para ella ahora mismo y es que necesita tu mirada y tus caricias para asegurarse que todo está en orden y que todo lo que está pasando está bien.”

Al oír esto la mamá se puso en pie, se secó las lágrimas y emprendió el camino a buscar a su niña. Tenía una gran paz en su corazón pero tenía que empezar a ser mamá y así fue como llegó a la incubadora. Cuando vio cómo funcionaba todo allí le vinieron de manera muy nítida las imágenes e incluso los olores del verde de la naturaleza y pudo ver claramente en su imaginación una habita creciendo y rodeada y protegida por el sol, los pinos, las acacias y las habas mayores. Podía identificar claramente todo lo que el Hada le había transmitido, era todo tal cual, solo le faltaba hacer su parte, así que con mucho cuidado se acercó a ese lugar especial y reuniendo toda la sabiduría que tantas mujeres antes que ella le habían transmitido, empezó a mirar a su hija con una mirada de amor, de respeto y de confianza por el camino que estaba siguiendo. Fue dejándose invadir por la energía necesaria para tocarla y cuando lo hizo fue un contacto tan delicado y tan amoroso que sintió como una energía las conectaba a las dos. Y así pasaron todo el tiempo que fue necesario para la pequeña, con su mamá mirándola y acariciándola y los pinos, acacias y habas haciendo su trabajo.

Ahora ya no tenía miedo, parecía que la Luz se lo había llevado, solo le quedaba ilusión por todo lo que tenía por hacer, hasta que definitivamente pudieran estar juntas todo el rato.

Pasó el tiempo y esta niña creció fuerte y sana y también se convirtió en mamá. Siempre se acordaba de una historia que le había contado su madre de un bosque, de las habas, de los pinos... aunque le tenía mucho cariño al cuento no entendía de donde había salido, ni por qué le pedía tantas veces a su madre que se lo contara.

Al de salir del hospital con su bebé paso por donde los niños pequeñitos están ingresados y mientras estaba en ese lugar, algo en ella la hizo fijarse en el color verde de los uniformes, el olor del lugar y desde lo más profundo de su ser empezó a conectar y ver a los bebés como pequeñas plantitas que gracias a los tubitos que salían de sus cuerpos podían unirse a la vida, a la alimentación, eran las raíces. Pudo imaginar a los médicos con sus agujas como grandes pinos que llegaban a lo más profundo de estas personitas. Pudo ver a las maravillosas enfermeras como acacias cariñosas que cuidaban a los pequeñitos y de fondo vio a unas mamás que llegaban muy contentas con unas bolsitas que parecían brillar por

el maravilloso regalo que llevaban dentro, eran la habas mayores que llevaban su savia para repartirla con las pequeñas plantitas. No pudo evitar emocionarse, porque algo en su interior reconoció esa savia que generosamente alguien había compartido una vez con ella y pudo sentir una gran conexión con aquellas mujeres que le regalaron su néctar blanco y este le había hecho crecer y vivir. Sintió una gran emoción y agradecimiento hacia todos aquellos a los que les debía la vida y desde ese momento, con su bebé en brazos, esta habita que ya había crecido miró a su bebé y le dijo: “Sabes pequeño gracias a tí me he convertido en fuente de savia y voy a poder agradecer la que me dieron llevándola de vuelta multiplicada. Así otros bebés podrán vivir y crecer sanos como yo” y juntos sonriendo felices salieron rumbo a casa donde papá les estaba esperando.

ORO BLANCO

Sonia Moreno López

Lo sé. Sé que tengo que hacerlo. Tengo que tomar la decisión. Sé que tengo que poner una fecha. Sé que tengo que dejarlo. Pero, no puedo...

Desde que me reincorporé al trabajo, todo han sido obstáculos que he ido solucionando, hasta he aprendido a extraerme la leche sin sacaleches. ¡Qué liberación! Pero cada día es más difícil... A veces, incluso pienso que le quito tiempo al pequemuri, que no le atiendo como debería. Pero, la idea de dejar de llevar ese valioso oro blanco cada x tiempo, ¡hace que se me encoja el corazón!

¡Cómo voy a dejar de hacerlo, si sé lo valioso que es para esos pequeños luchadores! ¡Si esta insignificancia por mi parte, para ellos es la vida! ¡Cómo voy a dejar de hacerlo!

¡Que felicidad el día que consigo sacarme más de cien mililitros! No sé por qué me he impuesto el mínimo de 80. Si no me saco al menos 80 no lo dono, lo congelo para mi cachorro. Que decepción cuando no consigo más de 80... ¡me quedo tan triste! Al final es más por mí que por ellos, me siento útil, puedo ayudar a dar amor. Porque amamantar es eso, ¿no? sobre todo amor, amor que se te sale por cada poro del cuerpo, tan intenso que tengo que compartirlo porque si no ahogaría a mi bebé en él.

No puedo dejar de pensar en Mara. Si ella hubiese nacido tan sólo unas semanas más tarde, no muchas más tarde, tan solo un par de semanas más tarde, ella también habría necesitado ese maravilloso oro blanco unos días, hasta que yo hubiese tenido suficiente para ella. Ella también habría necesitado un hada madrina que le ayudase en su lucha. Cómo no voy a hacerlo yo, por esos otros pequeños tesoros, ahora que puedo, mientras aún puedo.

No soy capaz de tomar la decisión, todavía no, aún es demasiado pronto. De momento no estoy preparada para dejar de donar el oro blanco. De la misma manera, que todavía no estoy preparada para dejar de amamantar a mi cachorro. Tal vez la fecha venga sola, cuando mi tesoruqui deje de mamar, tal vez la fecha

llegue si nos tenemos que mudar a otra ciudad... pero, ahora... ¡ahora no!, ¡todavía no!

SANGRE DE HORCHATA

Nieves María López Bielsa

Mi nombre es “SANGRE DE HORCHATA” y aunque algunos médicos y enfermeras de neonatología se empeñen en llamarme Adrián, todo el mundo y mis papás me llaman “SANGRE DE HORCHATA”.

Porque desde que nací es mi plato favorito: Biberones y biberones de Horchata. Solo eso: Horchata.

Como mi mami aún no ha tenido la suerte de encontrar el súper donde la venden, otras mamás mucho más suertudas me traen biberones y más biberones, con sonrisas en sus caritas y mi rica Horchata en sus neveras azules.

Y a través de finitas gomitas las enfermeras me dan de comer, mientras me miran como si fuera la estrella de cine que realmente soy... Porque vivo rodeado de luces azules como focos, entre pitidos de máquinas que me envuelven como una banda sonora.

Siempre he sido muy adelantado para mi tiempo, por eso nací varios meses antes. Y aunque nací muy esbelto y delgado, este vicio de la Horchata está haciendo que pierda la línea y cada vez engorde más y más..... Como a los pediatras le dé por pesarme, me ponen a dieta. Cada día más gordito, seguro que huelo y hasta sabré a Horchata.... ¡¡¡No me extraña que todo el mundo me quiera comer!!!!!!

Porque desde que mi pequeño estómago (y yo creo que también mis venas) se llenan de Horchata, tengo cada vez más defensas, y me encuentro cada día más guapo, más fuerte y más sano. Creo que me estoy convirtiendo en un Superhéroe.

Dentro de poco abandonaré el hospital, también los cables, las incubadoras, los pitidos de las máquinas, los puntitos de luz... pero echaré de menos las atentas miradas de los médicos, los cálidos abrazos de las enfermeras, y... mis queridos biberones de Horchata.

Dentro de poco entraré por fin en mi casita en los brazos de mamá. La incubadora se convertirá en mi cunita, las luces de las máquinas en rayos de sol, y los pitidos en las risas de papá.

Pero mi nombre ya nunca cambiará.

Mi nombre es: SANGRE DE HORCHATA

RELATO DE UNA MAMÁ DONANTE

Helen López

Una mujer en cuanto se embaraza redescubre la noche. El insomnio primero y luego el sueño interrumpido la harán encontrar en la noche una fiel confidente. La primera noche con el bebé fuera del útero es intensa, todas las demás también. En la noche hay menos ruido, menos intromisiones y son muy nuestras. Son perfectas para escuchar cómo el bebé se expresa como mamífero porque llora, se retuerce y se siente como en una bolsa que ahora le sienta grande. En la noche mi bebé era más mío y no borraría ninguna de esas primeras duras noches. En esas noches que para mí terminaban a las 5 cuando Diego dormía un poco más de 45 minutos, descubrí que ser madre es estar más sola, porque estás menos dispuesta a complacer a los demás. En la noche me descubrí a mí misma dándolo todo y pensé que no tendría vida para agradecer haber sido tan afortunada. Si pudiera haberle dado más de mí lo hubiese hecho para que consiguiera esa paz y ese alivio que sólo con mamar conseguía y aún hoy, 20 meses después, lo hace. Cuando mi hijo mama volvemos a ser uno solo, vuelvo a sentirme afortunada, agradecida y comprometida. Donar leche era compartir parte de esa experiencia. Desde ese primer correo que me confirmaba que contarían conmigo para donar leche hasta hoy hay una persona diferente, que ha descubierto que se dona no lo que nos sobra, no lo que pudiéramos tirar, sino que se da lo más valioso que tenemos, en mi caso en un momento fue leche materna, hoy es tiempo y siempre, espero, un hombro en el que apoyarse. Ahora soy más generosa, soy más leal, soy más fuerte, soy más nocturna, y (más perezosa por el día) más entregada, en definitiva, soy mamá y algo más; una mamá que donó leche. Agradezco esta oportunidad que a mí me ha mostrado un camino, el que estaba buscando, el de ayudar al otro y dar siempre lo mejor de nosotros. Además Diego, mi hijo, ya es un hombre que admiro.